

Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el *Black Bloc* y los medios de comunicación en Génova¹

Por JEFFREY S. JURIS

El 21 de julio del 2001 los militantes italianos de *Tute Bianche* (Monos Blancos)² declararon la guerra simbólica al G8 en Génova, convocando a decenas de miles de manifestantes contra una globalización corporativa llegados de todo el mundo a un sitio ritualizado de la “zona roja” establecida por las autoridades italianas para proteger la cumbre. El terreno urbano de la resistencia (Routledge 1994) fue dividido en diferentes espacios para acomodar diversas formas de expresión política, incluyendo a pacifistas organizados según un código de colores, los Monos Blancos, el festivo *Pink Bloc* (Bloque Rosa) y las tácticas de acción directa de los militantes del *Black Bloc* (Bloque Negro). Sin embargo, al poco de empezar el sitio, una confrontación simbólica entre manifestantes y policía dio lugar a una brutal represión por parte del estado italiano. Para muchos observadores, Génova se convirtió en sinónimo de protesta violenta, una metonimia que evocaba imágenes visuales de gas lacrimógeno, coches en llamas y jóvenes manifestantes vestidos de negro lanzando piedras y cócteles Molotov contra las líneas delanteras de cuerpos policiales altamente militarizados. Igualmente evocativas son las impresionantes visiones del cadáver encapuchado del joven de 22 años Carlo Giuliani, bañado en un charco con su propia sangre, tras recibir sendos disparos en la cara y la espalda desde un *jeep* policial armado. El mundo fue sorprendido por fotografías de restos de sangre sobre las escaleras, suelos y paredes de la Escuela Diaz, donde una unidad especial de la policía italiana llevó a cabo un brutal *raid* nocturno contra manifestantes que dormían, en la noche posterior a la jornada durante la cual más de 300.000 personas tomaron las calles. Imágenes de guerrilla urbana difundidas por todo el mundo a través de los *mediascapes* globales (Appadurai 1996), que contribuyeron a construir una imagen de la Batalla de Génova filtrada por los medios, como un signo icónico de destrucción y violencia sin sentido.

¹ Este artículo se basa sobre trabajo de campo realizado en Génova durante una investigación doctoral en el Departamento de Antropología de la Universidad de California, Berkeley, llevado a cabo en Barcelona entre junio de 2001 y agosto de 2002, financiado por la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Inc. y el Social Science Research Council (con fondos de la Andrew W. Mellon Foundation). La tesis, titulada, *La Logica Cultural de la Red: el Activismo Transnacional y el Movimiento para la Resistencia Global*, fue entregado en Mayo de 2004.

² Denominados así por vestirse con el uniforme del obrero industrial (el *mono*) pero de color blanco (N. del T.).

El presente artículo explora el fenómeno de la violencia política en el seno del movimiento antiglobalización corporativa,³ a través de un análisis etnográfico de las protestas anti G8 en Génova. Aunque en otro lugar examino también las dinámicas del terrorismo de estado de baja intensidad (Juris s.f.), este artículo enfatiza las relaciones entre violencia *performativa*⁴ por parte de los jóvenes militantes y construcciones de la violencia por parte de los medios de comunicación. Dada su naturaleza espectacular, altamente confrontativa, las tácticas militantes tienden a dominar la cobertura mediática de la protesta política, conformando una arena crucial dentro del territorio más vasto de las políticas del significado, clave para definir las formas legítimas y efectivas de disenso. ¿Cuál es la relación entre violencia activista *performativa* y sus representaciones en los medios de comunicación? ¿Cómo influye en el resultado de la protesta política la interacción dinámica entre violencia activista *performativa* y construcciones mediáticas de la violencia? ¿Cómo condicionan estas dinámicas los debates tácticos dentro del movimiento mismo?

La emergencia de un Movimiento Global en Red

El 30 de noviembre de 1999 cerca de 50.000 personas tomaron las calles para protestar contra la globalización corporativa en el encuentro de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que debía tener lugar en Seattle (Estados Unidos). Una coalición plural de ecologistas, activistas de la justicia económica y laboral, etc, forzó la suspensión del encuentro, frustrando la ronda de negociaciones sobre la liberalización del comercio. Las imágenes mediáticas de marionetas gigantes, gas lacrimógeno y batallas callejeras entre manifestantes y policías fueron retransmitidas a través de todo el mundo, lo que situó en la escena pública tanto a la OMC como a una nueva forma de acción colectiva. Seattle se convirtió en símbolo y en grito de batalla para una nueva generación de activistas, al mismo tiempo que redes de organizaciones antiglobalización corporativa emergían en todo el mundo.

Aunque lo que después se conocería como movimiento anti-globalización fue en buena medida alumbrado en Seattle, en realidad allí confluyeron una pluralidad de redes y procesos históricos, generando un nuevo modelo de protesta social que incluía la acción directa, foros de ONG's, marchas sindicales, manifestaciones, medios de comunicación independientes, así como la convergencia de militantes por la justicia económica, ecologistas, feministas, activistas por la solidaridad laboral e internacional, etc. Como proclamó el eslógan contra el Area de Libre Comercio de las Americas (ALCA) en abril de 2001: “¡El movimiento no empezó en Seattle, ni acabará en Quebec!”. Los activistas buscaron entonces las raíces del movimiento en la revuelta zapatista de Chiapas, la campaña contra el Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio, los Acuerdos Multilaterales de Inversión, el activismo estudiantil anti-corporativo, la acción directa radical de inspiración anarquista, etc, uniendo tradiciones que provenían de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia y Alemania, entre otros

³ El término antiglobalización es engañoso, por lo que preferimos añadir el adjetivo *corporativa* para resaltar que nos referimos al tipo de globalización gestionada por corporaciones transnacionales.

⁴ Hemos optado por mantener el sustantivo *performance* y el adjetivo *performativa*, por su uso general en ciencias sociales. Las formas verbales derivadas las traducimos por “representar” (N. del T.).

países. Seattle fue también el tercero de una serie de Días de Acción Global coordinados de una forma descentralizada por la red Acción Global de los Pueblos (PGA, en sus siglas en inglés), que se formó en 1998 en el seno de los movimientos sociales reunidos en el Encuentro Zapatista contra el Neoliberalismo en Chiapas (1996) y el Estado Español (1997).

Cuando todas estas trayectorias diversas se mezclaron, el resultado fue algo completamente nuevo, mayor que la suma de sus partes. Por una parte, la “Batalla de Seattle”, presentada como una imagen suceso *prime-time* (Deluca 1999), se difundió rápidamente a través de los medios de comunicación, capturando la imaginación de activistas de largo recorrido así como de nuevos revolucionarios posmodernos. Por otra parte, los activistas siguieron los sucesos de Seattle y los posteriores a través de listas de distribución por internet, sitios web y el recién creado Independent Media Center. Nuevas redes empezaron a aparecer, como la Red Continental de Acción Directa (DAN, en sus siglas en inglés) en Norteamérica y el Movimiento de Resistencia Global (MRG) en Cataluña, mientras las redes globales ya existentes, como PGA, el Movimiento Internacional para el Control Democrático de los Mercados Financieros (ATTAC), o Vía Campesina jugaron también un papel crucial durante este estadio formativo. Aunque las formaciones *multifrecuencia* (Arquilla y Ronfeldt 2001) más difusas y descentralizadas como PGA, DAN y MRG, han encontrado dificultades para subsistir, han facilitado también un mecanismo eficaz para la generación de comunicación y coordinación física y virtual en tiempo real entre diferentes movimientos, grupos y colectivos a nivel local, regional y global.⁵

El movimiento ha crecido sobremanera y se ha expandido a través de la organización de movilizaciones de masas, que incluyen acciones directas altamente confrontativas y foros contra las cumbres de las instituciones financieras y políticas multilaterales. Las protestas contra la OMC fueron un gran éxito, y dondequiera que se encuentren, los activistas intentaban crear un “nuevo Seattle”. Las movilizaciones de masas ofrecen resultados concretos en torno a los cuales organizarse, también facilitan espacios físicos donde los activistas se encuentran, las redes virtuales se encarnan, los sentidos y las representaciones son producidos y contestados, y los valores políticos son representados ritualmente. Los sucesos públicos pueden verse en conjunto como “focos culturalmente constituidos para el procesamiento de información” (Handelman 1990: 16), mientras las acciones directas, en particular, generan una intensa energía emocional, estimulando el enredarse (*networking*) en el seno de esferas públicas y sumergidas. Las protestas de masas posteriores fueron organizadas contra el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) en Washington, D.C. el 16 de Abril del 2000, mientras que el movimiento se hizo realmente global durante las acciones contra el encuentro del FMI que tuvo lugar en Praga el 26 de septiembre del 2000. Activistas provenientes de toda Europa, muchos de ellos llegados del Estado Español, Italia, Alemania y Gran Bretaña, y de otras partes del mundo, incluyendo los Estados Unidos, América Latina y Asia del Sur. Otras acciones solidarias tuvieron lugar en ciudades de Europa, América del Norte y del Sur, así como en distintas partes de Asia y Africa.

⁵ Aunque PGA sigue más o menos funcionando, el DAN se desarticuló durante el año posterior a Seattle. El MRG-Cataluña duró algo más, coordinando actividades, encuentros, y acciones desde Praga hasta enero de 2003, cuando la red se autodisolvió, como respuesta a la baja participación y como una declaración mas amplia en contra de la reproducción de estructuras clásicas.

El I Foro Social Mundial (FSM) organizado en Porto Alegre, Brasil, en enero de 2001, coincidiendo con el Foro Económico Mundial que se reúne cada año en Davos, Suiza, supuso un importante parteaguas, pues el movimiento empezó a enfatizar de manera más clara alternativas nuevas y efectivas a la globalización liderada por las corporaciones. El inesperado éxito del I FSM fue magnificado de manera significativa por las dos ediciones siguientes, que atrajeron respectivamente a 70.000 y 100.000 personas de todo el mundo. Pero más que un congreso, el FSM constituye un proceso dinámico que implica la convergencia de múltiples redes, movimientos y organizaciones. Mientras PGA sigue siendo más radical, horizontal y más o menos libertaria, el FSM es un espacio político más amplio, que incluye tanto a nuevos movimientos descentralizados basados en la red como a las fuerzas más jerárquizadas de la izquierda tradicional. Mientras tanto, las acciones de masas siguieron intensificándose durante la primavera de 2001, incluyendo las protestas contra el ALCA en Quebec, la Unión Europea en Goteborg, el BM en Barcelona y el G8 en Génova. Las movilizaciones siguieron creciendo después de Génova, incluyendo la gigantesca marcha de medio millón de personas en Barcelona contra la cumbre de la Unión Europea en marzo de 2002. El movimiento por la justicia global y contra la guerra de Irak confluyeron progresivamente en otoño del 2002 e invierno del 2003, culminando en las marchas contra la guerra en las que participaron millones de manifestantes en toda Europa, incluyendo la manifestación de más de un millón de personas que tuvo lugar en Florencia en noviembre con motivo del Foro Social Europeo y la que tuvo lugar en febrero en Barcelona donde participaron dos millones de personas. Después, decenas de miles de activistas por la paz y la justicia global se encontraron en junio del 2003 en la pequeña ciudad alpina de Evian, en la frontera entre Francia y Suiza, para protestar contra la cumbre altamente militarizada del G8, mientras activistas de todo el mundo se manifestaron en contra de la cumbre de la OMC en Cancún el siguiente septiembre.

Violencia sin sentido

La violencia *performativa* es una forma de interacción social significativa mediante la cual los actores construyen realidad social basándose en los modelos culturales disponibles. Como señala Anton Blok (2000: 24), “más que definir *a priori* violencia como algo irracional y sin sentido, debemos considerarla como una forma cambiante de interacción y comunicación, como un patrón cultural de acción significativa históricamente desarrollado”. La violencia tiene tanto componentes práctico-instrumentales como simbólico-expresivos (Riches 1986: 11). Los primeros implican el intento de transformar directamente el entorno social, mientras que los segundos enfatizan la comunicación y dramatización de importantes ideas y valores sociales, aunque la distinción sea sólo de grado. Utilizo violencia *performativa* para referirme a la representación de rituales simbólicos en los que se da una interacción violenta que ponen el énfasis en la comunicación y la expresión culturales.⁶ En el contexto de la acción política, la violencia *performativa* puede verse como un modo de comunicación a través del cual los activistas intentan hacer efectiva la transformación social mediante una confrontación

⁶ Dado que comporta actividad ritualizada de carácter simbólico, el término violencia *performativa* es a menudo utilizado de forma intercambiable con el de violencia simbólica. Sin embargo, para evitar la confusión con el uso más restringido que Pierre Bourdieu (2001) hace de este último término, aquí no lo uso.

simbólica basada en “la representación de relaciones de antagonismo y la ejecución de imágenes prototípicas de violencia” (Schroder y Schmidt 2001: 10).

Las *performances* violentas funcionan en gran medida a través de formas espectaculares, no verbales, de exhibición (*display*) icónica (Beeman 1993; Zulaika y Douglass 1996: 11-12). Ello suministra a los activistas de base recursos simbólicos valiosos, como señala Joel P. Rhodes en su estudio sobre la protesta interpretativa contra la guerra de Vietnam: “Para pequeños grupos militantes con recursos limitados... las *performances* violentas contra los símbolos del sistema Americano son la vías más económica y visualmente llamativa para conseguir una victoria simbólica inmediata contra sus adversarios más poderosos, mientras el apoyo potencial se radicaliza de forma correlativa” (2001: 3). Un argumento similar puede aplicarse a los grupos militantes contemporáneos implicados en la violencia *performativa* contra los símbolos del capitalismo global. Más allá de la comunicación política, la violencia *performativa* es también fructífera en otro sentido: en la forja de identidades políticas. Por una parte, la violencia puede ayudar a establecer fronteras entre diferentes grupos (Bowman 2001); por otra parte, formas específicas de *performance* violenta pueden asociarse con identidades, estilos y prácticas opositivas particulares (Feldman 1991, Peteet 2001, Peterson 2001). Además, las *performances* violentas agresivas implican a menudo el tipo de comportamiento fanfarrón tradicionalmente asociado con los ritos de paso masculinos y la consecución de identidades políticas masculinas en muchas partes del mundo (cf. Gilmore 1990).

Además de ser culturalmente interpretada, la violencia es también un poderoso ícono simbólico. El imaginario simbólico y las representaciones culturales de la violencia son omnipresentes y pueden llevar a cabo diferentes tipos de trabajo simbólico. Por ejemplo, los medios de comunicación y las industrias de la diversión producen y difunden imágenes de violencia para captar audiencias, mientras los estados usan imágenes violentas para proyectar su poder mediante desfiles militares, exhibición de armamento e incluso a veces mediante la retransmisión de imágenes de la misma guerra (Aijmer 2000: 10; Schroder y Schmidt 2001: 10). Como señala Goren Aijmer (2000: 7) la violencia “es un poderoso elemento del orden imaginario, un lenguaje icónico incorporado a tipos muy distintos de textura simbólica. En el discurso social, la violencia surge como un signo con referentes y propósitos múltiples para una determinada acción”. En el contexto de la protesta política, los activistas utilizan los íconos violentos para comunicar confrontación radical, mientras las fuerzas policiales emplean la actuación violenta, incluyendo uniformes, cascos y escudos militares, para proyectar poder y autoridad (Fillieule y Jobard 1997).

Por otra parte, las representaciones mediáticas de la violencia son cruciales para la dinámica de la protesta radical. Como han estudiado Bauman y Briggs (1980), las *performances* violentas pueden utilizarse como textos, sacándolos de su medio original y reincorporándolos a contextos discursivos completamente nuevos. La habilidad de los medios de comunicación para descontextualizar imágenes de violencia *performativa* y reinsertarlos en marcos interpretativos alternativos es un componente central en las dinámicas de la lucha por la hegemonía. Los activistas militantes llevan a cabo *performances* violentas espectaculares, en parte para ganar acceso a los medios de comunicación comerciales, que buscan constantemente historias e imágenes sensacionales. Las formas cotidianas y rutinarias de la protesta no son noticia, mientras que las imágenes icónicas de coches en llamas y batallas callejeras entre manifestantes enmascarados y cuerpos policiales militarizados son

retransmitidas al instante a través de las redes globales de comunicación. Por otra parte, los dirigentes de la policía y del gobierno pueden manipular las imágenes violentas, sacándolas de contexto y reinsertándolas en narrativas que presentan a los manifestantes como criminales peligrosos o terroristas responsables de actos de violencia sin sentido (Gitlin 1980). Los medios de comunicación estatales intentan separar a los movimientos implicando a los sectores moderados en la condena de la violencia militante o bien asociando a todos los manifestantes con la violencia, para justificar así la represión física indiscriminada. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que los elementos más liberales (léase progresistas) de los medios presenten a la policía como la responsable de la violencia, poniendo de este modo a resguardo la legitimidad del movimiento. En la era de la información, el combate de los movimientos sociales tienen lugar, en gran medida, a través de estas guerras mediáticas de interpretación simbólica.

Entrando en el terreno urbano de la resistencia

Al hilo de la escalada de violencia de Barcelona y Goteborg, la declaración de guerra de los Monos Blancos y la postura intransigente del gobierno Berlusconi, la cuestión de la protesta violenta y de la represión estaba en la mente de todos quienes iban a participar en el sitio de Génova el 20 de julio de 2002. Además, la vigilancia constante –incluyendo policía secreta y helicópteros–, la presencia desafiante de centenares de cuerpos policiales altamente militarizados y unidades de *carabinieri*, la construcción de una valla alrededor de la zona protegida y una avalancha de amenazas de bomba de presuntos anarquistas, crearon un clima de tensión y miedo. Fue al socaire de esta emergente campaña de terror que los activistas ultimaron sus “planes de batalla”, lo que conllevó un complejo proceso de debate y negociación mediante la utilización de tácticas específicas, la división física del espacio urbano y la coordinación de las diferentes redes. Decidí participar en la marcha festiva del Pink Bloc, uniéndome a jóvenes manifestantes de Cataluña y España, al lado de centenares de activistas radicales, en su mayoría no violentos. El mismo día del sitio, llegamos al centro de encuentro de Piazza Kennedy sobre las 11 de la mañana para ultimar los preparativos. La atmósfera de excitación nerviosa abrumaba por momentos la creciente tensión de los días previos, mientras la gente acababa de hacer sus vestidos, pelucas y sostenes. Sobre las 12, la banda de samba empezó a improvisar un círculo de percusión en la entrada de la Piazza, y los 600 miembros del Pink Bloc se pusieron detrás de ellos. Pocos minutos después, la marcha llegó a la calle. El sitio había empezado.

Mientras descendíamos por el gran boulevard al suroeste de la zona roja –bailando, tocando el tambor y dejándonos ir al son de la música disco de ocasión– mis ojos empezaron a humedecerse, mientras todos percibíamos el olor familiar del gas lacrimógeno. La confrontación más importante no se esperaba que empezase antes de la 1 de la tarde, lo que nos hizo prever el tipo de jornada que se avecinaba. Me aparté hacia la izquierda, donde una multitud de varios millares de personas había empezado a lanzar botellas hacia la valla. Policías antidisturbios estaban lanzando botes de gas lacrimógeno a varios miles de personas que llevaban grandes señales blancas y rojas, mientras pequeños grupos de manifestantes enmascarados vestidos de negro empezaron a dirigirse hacia la policía devolviéndoles los

botes, junto a piedras y botellas. “Esto es la marcha de COBAS”,⁷ dijo alguien, “parece como si alguien nos hubiera mezclado con el Black Bloc.” Ansiosos por trasladarnos al lado norte de la ciudad, intentamos huir del combate. Poco después de entrar en el tunel que nos debía conducir a la estación Brignole, un grupo de unos cuantos cientos de jóvenes anarquistas vestidos con ropa, máscaras y pañuelos de colores oscuros y blandiendo sus palos, se nos unió al final de la marcha. “Deben ser de Pinelli”, pensé. “Las cosas no pintan bien”.

A otro lado del tunel, nos dimos cuenta de que unos cuantos contenedores enormes bloqueaban nuestra ruta. Tras una corta reunión, nos dirigimos a unas colinas. Mientras nos movíamos en una dirección paralela a nuestra trayectoria inicial, nos dimos cuenta de que diversas unidades policiales armadas hasta los dientes habían tomado posición a lo largo de las calles laterales. Seguimos bajando hacia el otro lado de la colina, antes de dirigirnos hacia el gran boulevard que conducía a Piazza Manin, donde los pacifistas se habían congregado. Poco antes de llegar al boulevard, pasamos por una terraza desde la que podía divisarse toda la ciudad. Más tarde al anochecer anoté lo siguiente en mi cuaderno de campo:

Era algo inolvidable, las nubes del gas lacrimógeno se habían hecho más grandes y oscuras. El aire estaba cargado de gas, pues lo podíamos notar en nuestros ojos en todas direcciones desde la terraza, y el olor era increíble. Sin embargo, muchas de las nubes que veíamos empezaban a parecer humo. Al fondo del horizonte podían verse dos o tres enormes nubes de un humo espeso y oscuro que subían. La ciudad estaba claramente en llamas.

Más tarde comprendí que algunos grupos de lo que parecía ser el Black Bloc habían empezado a destrozarse ventanas y a incendiar coches y autobuses en la zona cerca de la acción de los Monos Blancos. Seguimos caminando hacia el boulevard. Nuestro plan era desviarnos hacia la izquierda y marchar hasta la valla de la zona roja, donde los pacifistas debían encontrarse más tarde en su *sit-in*, y después dirigirnos a la plaza contigua. En este punto, empezaríamos nuestra acción (la idea era penetrar la valla, si fuese posible, de formas diversas no muy bien definidas), mientras la marcha rosa-plateada se separaría y se dirigiría hacia otra sección de la zona roja. Sin embargo, cuando llegamos al boulevard los pacifistas ya habían empezado a marchar y nos vimos atrapados en la intersección. Nuestro contingente había aumentado hasta un millar, y la gente empezaba a estar nerviosa por la gran estampida que tendría lugar si la policía se decidía a atacar. La marcha pacifista era tan larga que ocupaba la mayor parte del boulevard desde la zona roja hasta la Piazza Manin, por lo que al final decidimos unirnos a ellos descendiendo por una pequeña calle que llevaba a la plaza contigua.

Pero en este punto, a pesar de dividimos en dos bloques separados, un grupo muy grande empezó a descender hacia la valla, mientras el resto se arremolinaba en la plaza. Pude observar a varias unidades policiales dirigiéndose hacia nosotros desde la pequeña calle por la que acabábamos de pasar, bloqueando nuestra vía de escape. La carga policial parecía inminente, por lo que empecé a subir hacia la colina para mantener una distancia de seguridad y tener una vista mejor. De golpe una de las mujeres francesas que permanecían cerca de la valla alzó un largo cable de metal que empezó a escalar hacia la parte superior de la valla. La policía empezó a apuntar los cañones de agua hacia ella, arrojando a los manifestantes que estaban a su lado agua tratada químicamente. En la multitud cundió el pánico, y la gente

⁷ Sindicato italiano de ideología marxista que defiende la “autonomía obrera”; lo más parecido en España sería el más libertario CGT.

empezó a tirar botellas y palos a la policía que estaba al otro lado de la valla. Momentos después, la policía comenzó una brutal carga con porras y gas lacrimógeno, desatando un gran pánico mientras los manifestantes escapaban desesperados hacia el lado opuesto de la plaza. Mientras tanto, un pequeño grupo de nosotros, que había tomado una posición relativamente segura en unas escaleras cercanas, ascendió deprisa hacia la colina para evitar otra carga. La tensa calma de la mañana había dado paso a un pánico y miedo generalizados.

El Pink Bloc se reagrupó eventualmente en Piazza Manin, donde se juntaron con centenares de ecologistas, pacifistas y feministas que en ningún momento habían abandonado la manifestación. Poco después de la reunión con mi “grupo de afinidad”,⁸ una docena de activistas del Black Bloc aparecieron de repente del otro lado de la colina. Algunos de nosotros nos dirigimos a ellos, explicándoles que aquello era una zona no violenta, y que estarían mejor en otra parte de la ciudad. Después de que se fueran, el Pink Bloc se reagrupó al lado de la plaza, pero al cabo de poco un enorme helicóptero de la policía paso por encima de nuestras cabezas y empezó a lanzar botes de gas lacrimógeno a la multitud. Antes de que tuvieramos la oportunidad de darnos cuenta de lo que pasaba, la policía nos atacó desde las calles laterales con más gas y porras. Corrí rápidamente hacia la colina de nuevo, y cuando volví mi vista atrás para intentar ver lo que pasaba tras las nubes de gas, pude observar a policías antidisturbios atacando brutalmente a pacíficos manifestantes, incluyendo a muchos pacifistas. El Black Bloc no se veía en ninguna parte. Mientras tanto, pude escuchar horribles gritos que salían del medio del caos. Un grupo de manifestantes empezó de repente a correr hacia mí, perseguidos por policías antidisturbios que cargaban. Presa del pánico, di la vuelta y empecé a subir hacia la colina para escapar.

La protesta militante en Génova

Como muchos manifestantes en Génova, me topé varias veces con lo que parecía ser el Black Bloc, aunque me sería imposible distinguir si eran activistas, derechistas infiltrados o policías provocadores. De hecho, la ambigüedad, la incertidumbre y los rumores contribuyeron a la difusión de la turbia niebla epistémica a través de la cual opera el terrorismo de estado (Taussig 1987). Mientras nos trasladábamos a través del terreno urbano de la resistencia, presencié expendedores bancarios automáticos devastados y ventanas rotas de corporaciones transnacionales, pero también coches en llamas, comercios saqueados y cristales rotos por doquier. La ciudad parecía literalmente una zona de guerra. La violencia *performativa* del Black Bloc tiene generalmente una lógica comunicativa específica: destrucción de los símbolos del capitalismo corporativo y confrontación física agresiva con el estado. Aunque puedan existir desacuerdos tácticos en el seno de los Black Bloc particulares, las acciones destructivas contra coches, casas y tiendas de gente corriente tienden a caer fuera de los límites del sentido militante aceptado. Como explicó un activista del Black Bloc después de Génova: “La mayoría del Black Bloc apoya la destrucción de la propiedad solo cuando se trata de importantes símbolos del capitalismo (como los bancos) o corporaciones transnacionales con una historia de violación de los derechos humanos”.⁹ Bajo esta

⁸ Término inventado en los años 30 por la Federación Anarquista Ibérica (FAI), apropiado en los 70 por activistas norteamericanos y “devuelto” a los activistas catalanes en Praga, una historia interesante.

⁹ Citado de un testimonio por Alien 8 (Riera 2001: 187-189).

perspectiva, el Black Bloc no es una organización, ni siquiera una red, sino más bien un conjunto específico de tácticas de acción directa desplegadas por grupos de jóvenes militantes anarquistas en las protestas de masas.¹⁰

Aunque los repertorios tácticos varían en cada grupo y acción, incluyen a menudo la destrucción de propiedades privadas, normalmente bancos y tiendas de multinacionales, confrontaciones ritualizadas con la policía y una serie de prácticas más específicas, como “desarrestos”, pequeñas manifestaciones, grupos compactos cogidos de los brazos o solidaridad en la cárcel.¹¹ Estas tácticas están vinculadas a un estilo militante más general, que incluye el uso de pantalones y jerséis negros, botas militares, máscaras o *bandanas* para cubrirse la cara, y una actitud agresiva, provocativa. Las máscaras se llevan por razones instrumentales –para proteger la identidad de los activistas-, pero también cumplen ciertas funciones icónicas, como la expresión de solidaridad colectiva a través del anonimato o la exhibición de imágenes arquetípicas de rebelión juvenil. Los estilos y prácticas del Black Bloc pueden verse como la encarnación física de una visión política basada en el anticapitalismo, la confrontación física y la oposición total al mercado y al estado. Tales valores se comunican mediante códigos y significados estilísticos específicos y sensoriales *performances* violentas altamente ritualizadas.

En el contexto de la violencia sectaria en Irlanda del Norte, Allen Feldman (1991) ha explorado cómo las narrativas políticas construyen ideales políticos alternativos que reflejan estilos de *performance* violenta divergentes, encapsulando ordenes morales opuestos. El “hombre duro” del combate cuerpo a cuerpo cuyo estatus y reputación dependen de la valentía que exhibe en las situaciones de riesgo corporal, frente al “hombre armado” que representa la mecanización y racionalización de la violencia paramilitar. Estilos diversos de *performance* violenta pueden representar ideales y actitudes políticas muy distintos, que comunican mensajes políticos alternativos. Las tácticas de protesta militantes, como las asociadas al Black Bloc, implican el despliegue de estilos específicos de *performance* violenta a través de distintivas técnicas corporales, estilos de vestir, símbolos rituales y prácticas comunicativas. La imagen típica de los activistas del Black Bloc refleja un ideal visiblemente masculino de confrontación violenta. Además, como ha argumentado recientemente Abby Peterson (2001) en el contexto de Suecia, los activistas militantes construyen sus identidades mediante *performances* rituales corporales poderosamente emotivas que sirven al mismo tiempo para construir el cuerpo militante como campo de acción política y para producir una identidad activista “guerrera”:

Estas distinciones ‘nosotros/ ellos’ son experimentadas de manera más vivencial y emotiva en confrontaciones rituales con los adversarios del movimiento. En las confrontaciones rituales de los militantes de grupos de acción de alto riesgo que estamos analizando, la violencia, o simplemente el potencial para la violencia, actualiza y re-actualiza este tema del ‘nosotros’ contra ‘ellos’, uniendo ambas caras de la lucha. La violencia es una marca de sentido para estos grupos. Las emociones de la batalla

¹⁰ La táctica del Black Bloc surgió inicialmente entre jóvenes manifestantes durante las protestas contra la guerra del Golfo que tuvieron lugar en 1992 en Washington D.C., imitando la praxis y el estilo de los *Autonomen* alemanes (*quattest* radicales). Sucesivos Bloques Negros fueron organizados en 1992 en San Francisco a raíz de la protesta contra la celebración del 500 Aniversario del Descubrimiento de América, en Abril de 1999 en Philadelphia durante una protesta realizada en apoyo a Mumia Abu-Jamal, en noviembre de 1999 en Seattle y en cada protesta antiglobalización posterior (Ver Riera 2001: 173- 180).

¹¹ Término técnico para designar toda una estrategia de no cooperación con las autoridades hasta que se sepa que todos los detenidos están recibiendo un trato bueno e igualitario.

hacen apremiante el mensaje cognitivo del ritual –‘el combate legítimo de las fuerzas del bien contra las fuerzas del mal’. Las emociones generan sentidos y las acciones se convierten en significados a través de experiencias vividas/ vivas de confrontación ritual (Peterson 2001: 55).

Dentro del movimiento antiglobalización, la violencia *performativa* pone al alcance un importante mecanismo mediante el cual los activistas construyen identidades anticapitalistas radicales. Las imágenes, tácticas y discurso del Black Bloc circulan a través de los medios de comunicación globales y son ritualmente desplegados en los diversos nodos locales de la red. Así pues, la violencia no se vincula sólo a la producción de identidades políticas entre grupos fronterizos, discretos; las mismas dinámicas se dan también entre formaciones en red flexibles y descentralizadas. Por otro lado, más allá del contexto de las acciones antiglobalización masivas, los jóvenes activistas participan en formas cotidianas de resistencia cultural, particularmente en el contexto de ocupaciones urbanas y centros sociales, que a menudo conllevan conflictos rituales más localizados con la policía durante los desalojos de las casas okupadas.

La violencia *performativa* –incluyendo las técnicas corporales, códigos vestimentarios y símbolos icónicos que la acompañan- contribuye también a construir determinados estilos juveniles subculturales (cf. Hebdige 1979). Las subculturas espectaculares son sistemas de comunicación a través de los cuales diversas formas discursivas y estéticas son adaptadas, subvertidas y transformadas mediante el *bricolage* subcultural (Clarke 1976). Como explica Dick Hebdige (1979: 102), “la comunicación de diferencias significativas (y la comunicación correlativa de una identidad de grupo) es el ‘eje’ en torno al cual gira el estilo de cualquier subcultura espectacular”. Dentro de muchas redes de activistas anticapitalistas, la okupación y el uso de tácticas, estilos e íconos de protesta militantes, incorpora elementos centrales de una contracultura juvenil alternativa.¹² Sin embargo, además de la producción de identidad y diferencia, las *performances* estilísticas particulares pueden también comunicar mensajes políticos más directos, como el rechazo al orden social establecido y la confrontación radical con los símbolos del capitalismo global o del estado. La ideología anarquista dominante en muchos de los movimientos autónomos europeos persigue la creación de espacios culturales autónomos, la política de la vida cotidiana y la confrontación directa con la policía. En este sentido, las tácticas e imaginario del Black Bloc pueden verse como el uso activo de estilos y prácticas contraculturales específicos entre jóvenes militantes anarquistas comprometidos en espectaculares rituales de resistencia.¹³ Por otra parte, como señala Carles Feixa (1998), los estilos y prácticas juveniles alternativos se han globalizado. De este modo, las tácticas y estilos contraculturales de los militantes del Black Bloc circulan a través de los medios de

¹² En su estudio comparativo sobre las culturas juveniles en Cataluña y México, que incluye una revisión de la literatura antropológica y de las ciencias sociales sobre los jóvenes, Carles Feixa (1998: 84) define las culturas juveniles como “la manera mediante la cual las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el área del tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional”.

¹³ Para los autores de la escuela de Birmingham (cf. Clarke et. al. 1976), las culturas juveniles representan una estrategia ritualizada de resistencia simbólica frente a la dominación de clase. Entre los activistas militantes aquí considerados, hay una apropiación más menos consciente de estilos y prácticas subculturales alternativos – incluyendo la violencia ritualizada- en el contexto de políticas de resistencia sustentables, que operan tanto a nivel simbólico como instrumental. Mi concepción de los jóvenes militantes como agentes activos coincide con las críticas que recientemente ha recibido la escuela de Birmingham por retratar a los jóvenes como pasivos, lo que viene reforzado por sus lenguajes de resistencia (Caputo 1995: 21-22; Amit-Talai y Wulff 1995).

comunicación globales, poniendo a su disposición lenguajes culturales representados por activistas militantes en sus medios locales y en los actos antiglobalización de masas.

El centro social Pinelli sirvió de base de operaciones para el Black Bloc en Génova, mientras muchos militantes internacionales dormían en el cercano estadio Sciorba.¹⁴ La primera de las asambleas de planificación tuvo lugar la tarde del 16 de julio, en la cual se tomó la decisión de separarse del FSG debido a las restricciones impuestas al uso de palos, piedras y armas de fuego. Pero en la segunda asamblea el número de participantes había aumentado hasta varios cientos, incluyendo activistas de los Estados Unidos, Italia, Francia, Alemania, Grecia y de toda Europa. La tarde antes del sitio, un gran bloque de Pinelli decidió marchar junto con COBAS en el sureste. Esa misma tarde se dirigieron hacia el parque Albaro para estar más cerca del inicio de la acción. La mañana siguiente debían juntarse allí con otro grupo de Pinelli, pero la policía había rodeado el centro social. Al final, un grupo de 500 militantes del Black Bloc marcharon juntos desde el parque hacia el centro de la ciudad para unirse a COBAS, como recuerda un activista:

Llegamos a un lugar donde había otros camaradas enmascarados con banderas rojas de COBAS. Entramos, tuvimos un encuentro y algunos de nosotros nos fuimos en pos de nuestros objetivos específicos. Como nuestro objetivo era un banco, la policía llegó por la derecha. Hubo una breve refriega en la que cayeron algunos cócteles Molotov y piedras... La policía pareció suspender su represión durante un breve instante, por lo que vimos la oportunidad de aprovecharlo para construir algunas barricadas con contenedores de basura, trozos de madera y cualquier otra cosa que pudiéramos encontrar. Prendimos fuego a algunos de los contenedores de basura mientras una parte de nuestro bloque, un grupo de unos 300, seguía atacando al rostro del capitalismo: los bancos y las gasolineras (Citado en un testimonio anónimo recogido por Riera 2001: 202).

Pequeños grupos de anarquistas del Black Bloc llevaron a cabo acciones similares durante toda la jornada contra bancos, corporaciones transnacionales y gasolineras, mientras entablaban una batalla callejera contra la policía, utilizando barricadas, piedras y cócteles Molotov. Cuando ello se hizo demasiado peligroso, muchos activistas se quitaron sus máscaras y uniformes negros para evitar la detención. Al día siguiente, los 10.000 activistas del Black Bloc no llegaron a marchar juntas en ningún momento. Pequeños grupos se fueron sumando a la marcha, llevando a cabo periódicamente acciones contra objetivos específicos. Después, la policía atacó en diversos puntos de la manifestación, lo que produjo breves batallas callejeras a lo largo de la jornada. Hubo también diversos enfrentamientos entre manifestantes no violentos y militantes del Black Bloc, como un militante reflejó: “Lo irónico es que un grupo que dice que tiene principios morales está intentando inflingirnos daño físico y ponernos en manos de la policía –a la que muchos de nosotros consideramos nuestro peor enemigo- sólo porque tenemos tácticas diferentes a las suyas, sólo porque somos ‘violentos’”(Ibid. 2001: 211).

Además de las *performances* violentas más directas, que comunicaron mensajes anticapitalistas claros, hubo también violencia indiscriminada contra coches, tiendas y edificios corrientes. Dado que estas acciones no se ajustaban a los patrones ritualizados de *performance* militante, muchos activistas, incluyendo a los mismos militantes, sospecharon que la policía italiana había usado provocadores y/o infiltrados de derechas. Además, diversos activistas del Black Bloc comentaron que la policía les había dado carta blanca para

¹⁴ Este breve relato está tomado en gran medida de una declaración anónima incluida en un libro recientemente publicado en castellano sobre los sucesos de Génova (Riera 2001: 191-222).

llevar a cabo sus acciones, mientras reprimía selectivamente a los manifestantes pacíficos. Como comentó un activista: “Ha habido mucha especulación y algunas evidencias de infiltración policial/ fascista en el bloque. La verdad es que nos sorprendió el hecho de que nos dejaran reunir, permanecer juntos durante una hora y media, y hacerlo en el centro de la ciudad sin que la policía hiciera nada para evitarlo, especialmente porque al mismo tiempo se dedicaban a arrestar a otros grupos” (*Ibid.* 2001: 182). Otros se fijaron en el hecho de que antes de los ataques policiales contra manifestantes pacíficos, un grupo del Black Bloc pudo cruzar la valla, escapando de esta manera a la represión.

Representaciones mediáticas de la violencia en Génova

Dado que los movimientos sociales llevan a cabo sus batallas, en parte, para transformar los presupuestos establecidos de la realidad política, los medios de comunicación facilitan un terreno crucial para las políticas del significado. Las imágenes de confrontación violenta pueden servir tanto para atraer la atención de los medios mediante lo que John B. Thompson (1995) ha denominado “luchas por la visibilidad”, como para descontextualizar dichas *performances* violentas y reinsertarlas en las narrativas hegemónicas que persiguen marginalizar a los jóvenes activistas militantes como criminales y “desviados” (Gitlin 1980; Hall 1974). Los medios están activamente comprometidos en la producción de la realidad social. Como argumenta Todd Gitlin (1980:2), los medios “nombran las partes del mundo, certifican la realidad como realidad –y cuando sus certificados son cuestionados o contestados, como sucede a menudo, son esos mismos certificados los que delimitan los términos de la contestación efectiva. Para decirlo en términos simples: los medios de comunicación se han convertido en sistemas cardinales en la distribución de ideología”.

Las élites económicas y políticas modelan en gran medida el discurso mediático mediante la concentración de la propiedad de los medios, el sistema de entretenimiento, los vínculos con expertos del gobierno y los negocios, y de forma más ocasional mediante la disciplina manifiesta y la censura (Herman y Chomsky 1988: 2).¹⁵ Debido a estos poderosos “filtros” ideológicos, los medios de comunicación tienden a (re)producir los significados culturales que se ajustan a los intereses dominantes en la sociedad. Como señala Stuart Hall (1982: 64), mediante la labor activa de seleccionar, presentar, estructurar y modelar, los medios están implicados en la “tarea activa de atribuir significado a las cosas”. Ello se lleva a cabo a través del uso de marcos mediáticos más generales, que Gitlin (1980: 7) define como “patrones persistentes de conocimiento, interpretación y presentación, de selección, énfasis y exclusión, por los cuales los mantenedores de símbolos organizan rutinariamente el discurso, tanto verbal como visual”. Sin embargo, el enmarcamiento mediático no sigue una lógica determinista simple; más bien los significados establecidos son producidos mediante la lucha cultural en el contexto de un equilibrio particular de fuerzas sociales (Hall 1982: 70).

Los medios de comunicación son pues lugares cruciales para la producción, distribución y contestación de hegemonía, que puede entenderse como esos valores, conocimientos e ideas

¹⁵ Herman y Chomsky (1988) mencionan también el anticomunismo como la “religión nacional” y como un importante filtro mediático en el contexto de los Estados Unidos. La emergencia del antiterrorismo se ha apropiado en gran medida de esta función.

dominantes en la sociedad que apoyan la distribución de poder y autoridad establecida y se convierten en ‘sentido común’. Aunque la hegemonía es siempre abierta, fluida y contestada (Williams 1977: 13), hay un sesgo estructural que favorece a aquellos grupos, demandas y marcos que coinciden con los principios hegemónicos dominantes. Sin embargo, en las sociedades capitalistas liberales, a menudo se producen desacuerdos entre las élites, y los grupos de oposición “pueden explotar las contradicciones internas a la ideología hegemónica, incluyendo sus códigos informativos” (Gitlin: 1980: 12). Aunque las crisis más importantes pueden conducir a la transformación de la hegemonía, los conflictos sociales que modifican los presupuestos cardinales –como la propiedad privada o la legitimidad del estado- a menudo son modificados, tamizados e incorporados dentro de los marcos hegemónicos. Como observa Gitlin (Ibid: 271), “la demostración es tomada como una perturbación potencial o efectiva del orden social establecido, no como una declaración sobre el mundo”. Los marcos mediáticos hegemónicos tienden a construir la protesta social militante, particularmente cuando cuestiona sus presupuestos cardinales sobre el mercado y el estado, como algo protagonizado por individuos peligrosos y criminales. En este contexto, la violencia emerge como un terreno clave de la lucha. Por una parte, es una forma importante de diversión mediática, y los medios informativos sacan provecho de las imágenes espectaculares de confrontación violenta. Además, cuando la novedad de la protesta desaparece, los medios demandan formas de acción cada vez más espectaculares y violentas. Así pues, para los jóvenes activistas militantes, la violencia representa un potencial recurso en la lucha por la visibilidad pública. Por otra parte, los discursos mediáticos dominantes tienden a enmarcar la protesta violenta como un aborrecible crimen contra la sociedad misma, como un grave ataque contra el orden moral establecido (Hall et. al. 1978: 68).

A través de sus estilos rebeldes, imágenes amenazantes y tácticas de confrontación, los jóvenes activistas militantes se ofrecen a los marcos mediáticos dominantes, que pueden construirlos como desviados políticos. Las noticias de los medios hacen suyas las imágenes de la protesta violenta y las reinterpretan como un “sin sentido”, definiendo a quienes las ejercen como un problema social, en la medida en que se oponen a los actores políticos legitimados. Stuart Hall (1974: 267) ha señalado que, “bajo ciertas circunstancias, las minorías políticas legitimadas están sujetas a graves ceremonias de ‘degradación de estatus’, y son agrupados con los grupos más marginales. Entonces son sujetos a una serie de formas de oprobio, estigmatización y exclusión social. Son simbólicamente deslegitimados”.¹⁶ Las imágenes de jóvenes enmascarados, activistas vestidos de negro tirando piedras o cócteles Molotov, especialmente cuando están vinculadas a escenas de vidrios rotos, coches en llamas o combate de calle, sirven como poderosos íconos que denotan destrucción generalizada. Además, el estilo del Black Bloc, en especial sus rostros enmascarados, remiten a formas interiorizadas de iconografía terrorista, como recientemente han señalado Zulaika y Douglass (1996: 204):

¹⁶ Según Stuart Hall (1974: 268), las siguientes formas de acción extraparlamentaria son a menudo consideradas actividades políticas “desviadas”: “militancia y protesta estudiantil (oposición a las autoridades universitarias, sit-ins, ocupaciones, etc), manifestaciones militantes extraparlamentarias, que pueden comportar conflictos con la policía, rebeliones y motines urbanos (p.e. Watts), insurrecciones urbanas (p.e. Ulster), incidentes esporádicos con bombas incendiarias, ataques a la propiedad por razones políticas (p.e. actividades de la ‘Brigada Airada’; *squatters*; huelgas de alquiler; actividades étnicamente orientadas como ‘Black-Power’ o ‘Panther-style’”.

Si existe un estereotipo emblemático del guerrillero o del terrorista en acción, consiste en hombres/mujeres enmascarados exhibiendo pistolas automáticas. No son tanto sus armas como sus máscaras lo que constituye el ícono perfecto de su expatriación de la sociedad. Ocultar el rostro es una negación de la interacción social y de la responsabilidad personal. El mismo acto de prescindir de su cara está cargado de simbolismo, la persona tipificada por una máscara sin rostro se sitúa más allá de la esfera humana.

De nuevo una forma estilística -en este caso la máscara, usada por los activistas para proteger la identidad individual y comunicar solidaridad colectiva- es sacada de contexto y reinterpretada en los marcos mediáticos dominantes como un signo del “tipo” salvaje. Los estilos militantes están entonces vinculados a los discursos mediáticos establecidos del terrorismo y del miedo. Las imágenes de protesta violenta pueden ser usadas por el estado para criminalizar y deslegitimar movimientos enteros, alienando su potencial apoyo de base y aislandolos políticamente. Esta estrategia ayuda a explicar el uso de agentes provocadores (cf. Gitlin 1980: 188). Además, tales estrategias pueden servir para justificar la brutal represión estatal contra la protesta política. De forma alternativa, las imágenes de protesta violenta pueden ser usadas por el estado para establecer distinciones entre mayorías pacíficas y minorías violentas, con el objeto de dividir políticamente a los movimientos sociales y reforzar sus contradicciones internas.

Como podría esperarse, dada la historia de las mobilizaciones antiglobalización previas así como de la intensidad del conflicto violento en la arena de Génova, las imágenes icónicas de violencia figuraron de manera prominente en el cobertura mediático de los manifestantes anti-G8. Las representaciones mediáticas de la violencia sirvieron inicialmente para que aumentara el nivel de tensión y miedo durante los días previos, después para que se reprodujeran las clásicas imágenes de violencia anarquista callejera durante los días de la protesta, y finalmente derivó hacia una situación más seria respecto al endurecimiento de la ley italiana, cuando empezaron a estar disponibles los testimonios sobre violencia y abusos por parte de la policía. La estrategia mediática inicial del estado, basada en aumentar el nivel de tensión y en usar imágenes de protesta violenta para deslegitimar a ciertos sectores (si no a la totalidad el movimiento), tuvo éxito al principio, aunque algunos testimonios sobre el *raid* de la Escuela Diaz y los abusos generalizados llevaron a una transformación de los marcos mediáticos dominantes.

El 17 de julio de 2001, algunos días antes de que las protestas comenzaran, los medios estaban dominados por la noticia de la explosión de una carta bomba en una agencia policial de Génova, que hirió gravemente a un oficial de los *carabinieri*, y por la de otra bomba que cayó en las afueras del estadio Carlini –la sede de los Monos Blancos. El titular de la primera plana de *La Repubblica* decía, “Génova, un día de miedo,” e iba seguido por un breve titulado “Carta bomba hiere a un *carabiniere*. Otro intento fracasado”. Justo bajo el titular podía leerse: “La tensión en torno al G8 crece: los anarquistas son investigados”. Los titulares denotaban una situación de caos y miedo, que todavía hoy se atribuye a los anarquistas, mientras que la imagen correlativa de escena de crimen urbano presentaba a los policías como tranquilos defensores del orden. Además, una separata especial titulada “Los Enemigos Ocultos del Movimiento” aclara las acusaciones del FSG de que la carta bomba había sido enviada por la policía secreta italiana (*La Repubblica*, 17 de julio de 2001). Una crónica a página entera del *Corriere della Sera* vinculaba directamente la amenaza de bomba a militantes anarquistas, como decía el titular, “Radicales del Black Bloc contra no violentos”. El artículo explicaba que “el primer análisis de la investigación ha conducido a una posible conexión con anarquistas insurreccionales” (*Corriere della Sera*, 17 de julio de 2001, p. 1).

Algunos días antes de que las protestas empezaran, el cobertura de la prensa italiana contribuyó a aumentar el clima de tensión y miedo, vinculando el Black Bloc a posibles actos terroristas y presentando el movimiento como escindido entre radicales violentos y moderados pacíficos. Durante los días previos a la acción, diversos periódicos publicaron mapas de batalla indicando las diferentes acciones programadas para el sitio del 20 de julio, cubriendo también la instalación de vallas en torno a la zona roja y los preparativos de la policía italiana (ver la edición del 18 de julio de *Il Secolo XIX*, p.3). La tensión siguió creciendo puesto que los periódicos del 19 de julio informaban de otra avalancha de amenazas de bomba. En el titular de primera plana de *Il Secolo XIX* podía leerse “G8, vigilancia después de los ataques y falsas alarmas”, mientras de acuerdo con el subtítulo, “La tensión crece en una Génova armada y surreal” (*Il Secolo XIX*, 19 de julio de 2001, p. 1). Con el escenario mediático de violencia y confrontación radical, los sucesos del 20 de julio confirmaron –e incluso sobrepasaron- todas las expectativas. Los titulares e imágenes dominantes en el cobertura periodístico de los días sucesivos estuvieron dominados por dos temas principales: 1) la muerte de Carlo Giuliani y 2) las escenas violentas de un ciudad destrozada y en pie de guerra. Tanto *La Repubblica* como *Il Secolo XIX* presentaron varias secuencias fotográficas de la muerte de Giuliani tomadas por un fotógrafo de Reuters, que fueron retransmitidas al instante a través de los circuitos mediáticos globales. Por ejemplo, la primera plana de la edición del 21 de julio de *Il Secolo XIX* está dominada por una enorme fotografía que muestra a un joven manifestante enmascarado, aparentemente dispuesto a arrojar un gran extintor de fuego a un *jeep* policial. Mientras tanto, un oficial de la policía dentro del *jeep* aparece apuntando con su arma al manifestante. La imagen siguiente muestra la furgoneta dando marcha atrás sobre el cadáver de Carlo Giuliani. El texto que acompaña las fotos y el reportaje retratan una situación en la cual un joven anarquista está preparándose para atacar a un vehículo policial, lo que lleva a un asustado agente de policía a abrir fuego en defensa propia. La cobertura inicial evita cuestionarse por qué el policía llevaba el arma cargada, por qué un agente sin experiencia fue situado en un lugar tan peligroso y por qué el conductor del *jeep* daba marcha atrás sobre el cadáver (*Il Secolo XIX*, 21 de julio de 2001, p. 1). *La Repubblica* mostraba también una imagen del cuerpo encapuchado de Giuliani bañado en un charco con su propia sangre, mientras el texto que lo acompañaba lo presentaba como un “martir innecesario”. Como explica el artículo: “Lo que algunos llaman el ‘pueblo de Seattle’ ahora tienen un martir que nadie necesitaba. Pero la responsable de su sacrificio fue la violencia de una minoría, y la rabia de un hombre uniformado, al final de un día tumultuoso” (*La Repubblica*, 21 de julio de 2001, p. 1).

El cadáver de Carlo Giuliani es un poderoso significante político, pero su sentido último permanece en la ambigüedad. Por una parte, es construido como una joven víctima inocente del exceso de las fuerzas policiales. Por otra parte, sin embargo, su muerte se atribuye de manera indirecta a la violencia causada por los mismos manifestantes. Además, justo antes recibir el disparo, el enmascarado Giuliani es fotografiado dispuesto a arrojar un extintor de fuego contra un atemorizado agente que esta dentro de un *jeep* policial, lo que coloca al activista en la fracción violenta del anarquismo. La consecuencia es que Carlo Giuliani solo se dispone de si mismo para defenderse de su muerte. Un artículo posterior en *Time* utiliza el incidente como un cuento moral contemporáneo, demostrando la continuidad entre protesta democrática aceptable y violencia activista trágicamente equivocada, como escribe el autor:

Un hombre murió en Génova; un hombre, podemos presumir, engañado por la falsa promesa de que la violencia –la protesta no pacífica, la no participación en el proceso democrático- es la mejor vía para

hacer progresar una causa política. No es demasiado desear que la próxima vez que sus amigos se paren a tomar un adoquín, se acuerden de la lección aprendida cuando el arado empezó a romper la tierra de Mesopotamia: recoges lo que siembras (*Time*, 30 de julio de 2001, pp. 22-23).

Mientras tanto, la cobertura de los sucesos del 21 de julio por parte de la prensa italiana e internacional se llenaba de imágenes de coches en llamas, jóvenes manifestantes enmascarados y vestidos de negro lanzando piedras contra la policía, *carabinieri* armados hasta los dientes arrojando gas lacrimógeno y blandiendo sus escudos, e incluso imágenes ocasionales de un manifestante aporreado recibiendo las primeras ayudas. Sin embargo, en último término los villanos para la prensa son los anarquistas violentos del Black Bloc. En *Il Secolo XIX*, por ejemplo, puede leerse en el titular principal “Génova, sangre en el G8”, mientras el subtítulo dice: “La ciudad sucumbe durante horas a las guerrillas. Lanzamiento de cócteles Molotov, incitados por los anarquistas”. Justo después, uno de los artículos principales, titulado “Todos derrotados”, incluye el siguiente texto:

Las imágenes son las de una Génova proletaria en un estado de muerte y devastación, sacudida por una violencia que no se había visto en otras protestas. El primer manifestante antiglobalización muerto, 180 personas heridas; una ciudad deprimida y humillada, exhausta tras una jornada de locura sin fin. Sólo la muerte de este joven muchacho paró finalmente el asalto de los terrible Black Bloc, anarquistas y profesionales de la guerrilla urbana, así como la firme respuesta policial... Una ciudad sin ayuda, invadida por decenas de contingentes del Black Bloc con un solo objetivo: destruirlo todo (*Il Secolo XIX*, 21 de julio de 2001, p. 1).

Un artículo en la página siguiente, ilustrado con la imagen de dos militantes del Black Bloc tirando piedras frente a un contenedor de basuras en llamas, empieza con la siguiente descripción:

Camisetas y pantalones negros, gafas de esquí oscuras y pañuelos rojos cubriéndoles el rostro. Cócteles Molotov, palos, piedras y palancas. La clásica imagen de okupas violentos, a quienes el FSG había intentado combatir durante meses, llegaron a Génova, reduciéndola a un campo de batalla repleto de coches destrozados, barricadas ardiendo, tiendas devastadas y agresión. El Black Bloc tuvo las manos libres durante cuatro horas, hasta que llegó la noche... dando rienda suelta a la guerrilla urbana más desastrosa jamás vista en una cumbre (*Ibid.*, p. 2).

La cobertura en la prensa española fue algo menos sensacionalista, y tendió a poner más énfasis en el papel de la policía. Por ejemplo, el titular de *El Mundo* del 21 de julio decía, “La policía italiana mata a un manifestante antiglobalización durante la cumbre del G8”, mientras debajo aparece la imagen de un médico atendiendo al cuerpo sin vida de Carlo Giuliani (*El Mundo*, 21 de julio de 2001, p. 1). La portada de *El País* está dominada por una gran fotografía que muestra a un grupo de policías antidisturbios con sus escudos alejándose del cadáver de Giuliani que acababan de arrastrar. El titular del artículo siguiente decía “Un manifestante muere de un disparo policial en la batalla campal de Génova”. Además, imágenes repetidas de lucha callejera y violencia militante llenan ambos periódicos. Por ejemplo, el artículo de portada de *El País* describe la lucha callejera de la jornada precedente en los siguientes términos:

La implacable batalla durante la cumbre del G8, prevista y planificada por los grupos antiglobalización más violentos, convirtió ayer el centro de Génova en campo de batalla de una guerrilla sin cuartel... Los grupos más violentos marcharon con sus rostros enmascarados, atacando a las tiendas por las que pasaban, cuando fueron atacados por la policía, que no utilizó ninguno de los elementos de fuerza a su disposición (*El País*, 21 de julio de 2001, p. 1).

De nuevo, la lección principal que la prensa española saca es la distinción entre legítimos manifestantes pacíficos y violencia criminal de una minoría radical, como argumenta el

editorial del 21 de julio de *El País*: “El hecho es que el desbordamiento de la violencia por grupos autónomos que no representan a la mayoría, sumado a la ineptitud de los propios *carabinieri*, ha hecho pasar a segundo plano las propuestas, incluidas las del G-8, para sacar al mundo del inicio de una recesión” (*Ibid.*: 10). El editorial de *El Mundo* va más allá en su defensa agresiva de la ley y el orden, argumentando que la mayoría pacífica debería romper del todo con los grupos violentos:

Las únicas conclusiones, por ahora, son que el movimiento antiglobalización sólo puede conservar su credibilidad si rompe del todo con esos violentos *hooligans* infiltrados, y que las democracias más importantes, incluso si escuchan las demandas de los líderes más razonables del movimiento, deben revisar su panoplia legal para oponerse a la violencia permanente que persigue a nuestros líderes políticos durante sus encuentros (*El Mundo*, 21 de julio de 2001, p. 3).

De forma similar, la edición del 21 de julio del *New York Times*, que incluye en primera página imágenes de policías antidisturbios lanzando gas lacrimógeno y de activistas militantes arrojando cócteles Molotov, enfatiza la postura razonable de la mayoría de los manifestantes antiglobalización contra la violencia de la facción radical, explicando que “como en las manifestaciones previas –de Seattle a Goteborg, donde un hombre fue disparado y golpeado por la policía sueca– un pequeño número de jóvenes más radicales, empeñados en pelearse con la policía, instigaron una nueva forma de violencia que la mayoría de los manifestantes no comparte” (*New York Times*, 21 de julio de 2001, p. A7).

La cobertura de la jornada del 22 de julio por parte de la prensa fue similar a la de los días previos, centrándose en la violencia callejera que se desató durante la gran marcha unitaria. Por ejemplo, el titular principal de *La Repubblica* dice “G8, otro día de guerra”, mientras los subtítulos explican “El Black Bloc devasta Génova durante la marcha pacifista: centenares de heridos” (*La Repubblica*, 22 de julio de 2001, p. 1). Un artículo del *Corriere della Sera* explica que “desde el final de la manifestación, el Black Bloc avanzó rápidamente en pequeños grupos, y fue capaz de insertarse en tres puntos: la cabeza, el medio y la cola. Una estrategia precisa, la misma que uso COBAS el primer día para esconderse en la masa y atacar a la policía” (*Corriere della Sera*, 22 de julio de 2001, p. 3). Mientras tanto, el titular principal de *El País* dice, “La segunda jornada de protestas contra el G-8 sume a Génova en el caos”, mientras en la crónica de segunda página se dice, “Los violentos enfrentamientos entre grupos organizados de radicales y la policía italiana empañaron la mayor manifestación antiglobalización hasta el momento” (*El País*, 22 de julio de 2001, p. 1). Las páginas siguientes iban repletas de fotografías de violentas batallas callejeras, crónicas sobre las protestas antiglobalización previas, el Black Bloc y Carlo Giuliani, y entrevistas con portavoces de los grupos activistas y de las autoridades italianas.

A partir del 23 de julio, después que las protestas finalizaran, los marcos mediáticos dominantes cambiaron de golpe, empezando a plantear la necesidad de cambiar el formato de las cumbres del G8 y de tomar medidas de seguridad más fuertes para impedir futuras protestas violentas. Además, se empieza a prestar mayor atención al testimonio de activistas sobre la violencia y el abuso policiales, especialmente en la prensa española. Por ejemplo, el 23 de julio *El País* describe el *raid* policial en los términos siguientes: “En medio del pánico general, periodistas y miembros de la organización fueron obligados a tumbarse en el suelo boca abajo con las manos en alto, en una escena que recordaba 'a las vividas en América Latina durante los años setenta', como dijo más tarde el presidente del Genova Social Forum”. En la misma página aparece el testimonio de un activista español torturado en una

furgoneta policial: “Ante los abogados voluntarios del FSG, Pedro, uno de los españoles detenidos en la manifestación de los Tute Bianche el pasado viernes, mostraba las huellas dejadas en su cuerpo por la detención policial. Este es su relato: 'Me vi en una furgoneta de los Carabinieri, en la que me pegaron hasta que la sangre me salió a borbotones por la cabeza. En comisaría, nos hicieron poner la frente contra la pared, con los brazos en alto y sin movernos. Más golpes, más insultos y escupitajos. Lo más terrorífico eran los gritos de dolor del chico que estaba a mi izquierda. Mientras el chaval se desgañitaba, el policía le decía: 'No grites, sólo sufre'. Eso eran torturas” (*El País*, 23 de julio de 2001, p. 4). *El Mundo* incluye un artículo que destaca las acusaciones de brutalidad policial por parte de activistas italianos, que reclamaban la dimisión del Ministro de Interior, con el siguiente subtítulo: “Acusan al gobierno Berlusconi de comportamiento brutal” (*El Mundo*, 23 de julio de 2001, p. 20).

Durante las semanas siguientes, la prensa reporta las masivas manifestaciones realizadas en Italia contra el gobierno Berlusconi, los resultados de las investigaciones sobre la brutalidad policial en Génova, y testimonios adicionales sobre violencia y abuso policiales. Por ejemplo, el 25 de julio *La Repubblica* publica una crónica sobre el abuso generalizado en las comisarías italianas, titulado “Bolzaneto, los abogados denuncian tortura generalizada en las barracas”. El subtítulo dicen: “Muchos testimonios de violencia en la estación periférica de Génova” (*La Repubblica*, 25 de julio de 2001, p. 4). Mientras tanto, la prensa española sigue presentando testimonios de activistas. Por ejemplo, una crónica destacada de *El País* lleva el siguiente titular, “Los españoles detenidos en Génova denuncian tortura física y psicológica” (*El País*, 24 de julio de 2001, p. 4). Pese a quitar importancia al despliegue de violencia policial,¹⁷ el *New York Times* publicó un artículo sobre la controversia suscitada por la reacción del gobierno Berlusconi, explicando que “La rabia de Mr. Berlusconi tuvo como resultado principal el *raid* llevado a cabo por la policía a primera hora de la mañana en la sede de los coordinadores de la protesta, el FSG, un *raid* que los portavoces del grupo describieron como una ‘masacre’” (*New York Times*, 23 de julio de 2001, p. 9).

Los medios de comunicación no sólo reflejaron el espacio de terror que emergió de Génova, también contribuyeron activamente a producirlo. Y ello mediante el uso de tipos específicos de representaciones violentas. Crónicas exageradas sobre el conflicto potencial entre batallones militarizados de manifestantes y policías, junto con reportajes sensacionalistas sobre amenazas de bombas y anarquistas radicales, ayudaron a crear un clima de tensión y paranoia antes de que la protesta empezara. La policía italiana se aprovechó del miedo generado y de las expectativas de violencia para promover el enfrentamiento con los militantes, utilizando sus propias tácticas de firmeza e incluso sus formas de provocación activa. Cuando el sitio empezó, los medios cumplieron su parte del juego construyendo imágenes de destrucción sin sentido ejercida por bandas merodeantes de jóvenes guerrillas urbanas, cargando la culpa de esas “violencia sin sentido” en las espaldas del Black Bloc. Los comentarios editoriales se apoyaron en esta situación para distinguir entre mayoría razonable y minoría violenta, reforzando el estatus sagrado de los manifestantes pacíficos y de la democracia constitucional. Aunque la policía italiana trató consecuentemente a los manifestantes en las calles de forma indiscriminada, poniendo en el mismo saco a militantes violentos y a grupos no violentos, la lección principal que de ello sacaron los medios fue la

¹⁷ Ver el documento de Fairness and Accuracy in Reporting (FAIR) del 30 de julio de 2001 en <http://www.monitor.net/monitor/0107a/genoafair.html>.

necesidad de que el movimiento rompiera del todo con su fracción anarquista violenta. Sin embargo, las imágenes del cadáver del joven Carlo Giuliani se construyeron como un cuento moral sobre las trágicas consecuencias de la protesta violenta irracional. Pese a todo, las imágenes mediáticas son polisémicas, y muchas personas en Italia y en todo el mundo interpretaron las imágenes del cadáver de Giuliani de forma diferente –como un signo de exceso policial por parte de un régimen autoritario. Después de que al día siguiente una protesta pacífica fuera reprimida de forma implacable por la policía (que intentó culpar de ello al Black Bloc), y de que empezaran a difundirse testimonios de tortura y abuso policiales generalizados, incluyendo el brutal *raid* nocturno sobre la escuela Diaz, la interpretación dominante empezó a cambiar, culpando de la violencia y del caos al gobierno Berlusconi, cuya postura empezó a verse como una amenaza para la democracia del mismo calibre que la de los jóvenes anarquistas.

Conclusión

Centenares de miles de activistas llegaron a Génova durante las manifestaciones contra el G8 para denunciar la violencia estructural, simbólica y cotidiana asociada a la globalización capitalista, y específicamente para provocar una crisis política que socavara el orden simbólico en el cual se basa la legitimidad de instituciones multilaterales como el G8. La mayoría de las redes se esforzaron por conseguirlo mediante diversas formas de acción directa no violenta, mientras otras escogieron la violencia *performativa* para conseguir los mismos fines. El programa previsto era una declaración de guerra simbólica al G8, seguido por un sitio ritualizado a la zona roja. Sin embargo, el gobierno Berlusconi tenía otros planes, y la policía italiana respondió empleando imágenes mediáticas de violencia anarquista para justificar la transformación de un territorio de protesta ritualizada, simbólica, en un espeluznante espacio de terror.

¿Cual fue, pues, la relación entre violencia juvenil *performativa*, representaciones mediáticas de la violencia y su impacto en las manifestaciones anti-G8 en Génova?. Por una parte, la cobertura mediática sensacionalista, antes, durante y después de las protestas conllevó un mayor visibilidad pública para muchas de las demandas políticas del movimiento, pese a la persistente focalización de los medios en la violencia. Sin la amenaza potencial de violencia, no está claro que las protestas anti-G8 hubiesen atraído tanta atención mediática. Además, las imágenes y discursos de enfrentamientos militantes ayudaron a radicalizar y vigorizar a muchos sectores del movimiento. Por otra parte, los marcos mediáticos dominantes durante los días de la acción estaban sutilmente dispuestos para descontextualizar y reinsertar imágenes de violencia juvenil *performativa* en una narrativa de pavorosa desviación criminal, si no terrorista, que perseguía aislar a los potenciales seguidores y erosionar la legitimidad de todo el movimiento. Pero más a menudo la violencia callejera fue usada para separar la mayoría “razonable” de las facciones radicales, conduciendo así al movimiento en una dirección más reformista e integrable. Sin embargo, cuando los niveles de brutalidad policial superaron los límites previstos, muchos sectores del *establishment* liberal (léase progresista) quedaron consternados y desalentados. Los marcos mediáticos dominantes se desplazaron hacia la condena de la policía italiana y del gobierno Berlusconi, lo que contribuyó a potenciar y movilizar las redes de activistas, al tiempo que

aumentaba las simpatías del público hacia el movimiento. Sin embargo, desde otra perspectiva muy distinta, el terror físico y psicológico inscrito en los cuerpos y en las mentes de los activistas en Génova produjo recuerdos duraderos que en último término han servido para apaciguar la animosidad entre moderados y radicales. Aunque las movilizaciones antiglobalización han continuado, e incluso han aumentado desde entonces, el espíritu de confrontación radical del movimiento se ha visto modificado.

¿Qué ha sucedido respecto a los debates en torno al uso de la violencia dentro del movimiento? Como hemos visto, la violencia es un poderoso *constructo* cultural, y las discusiones sobre lo que significa así como sobre donde y cuándo puede usarse de forma legítima ayudan a construir identidades políticas alternativas entre redes activistas globales en lucha. Ello atañe a lo que podemos denominar *cultura política de la violencia*.¹⁸ ¿Puede constituir violencia el daño sobre propiedades? ¿Y las prácticas de autodefensa? ¿Están justificadas y son efectivas las tácticas utilizadas para combatir la violencia? Y si lo son, ¿cuando, donde y bajo qué circunstancias? El debate entorno a la violencia dentro del movimiento sigue aflorando después de Génova. Poco después de las protestas anti-G8, Susan George criticó públicamente la violencia activista militante en los siguientes términos:

¿Estais satisfechos, manifestantes? No hablo a la inmensa mayoría del FSG; sé que fuisteis aterrorizados y algunos de vosotros heridos. Tampoco a los miembros del Black Bloc que en realidad eran policías. Me dirijo más bien al auténtico Black Bloc, que no tomó parte en ninguno de los encuentros de preparación que habían tenido lugar durante meses, y que no pertenece a ninguna de las 700 organizaciones italianas responsables que decidieron practicar la no violencia activa.¹⁹

Las opiniones expresadas en público por George desencadenaron una lluvia de críticas en el seno del movimiento, como habían sucedido tras las protestas de Goteborg, aunque muchos estuviera de acuerdo con ella, en especial dentro de ATTAC y del Foro Social. Por otra parte, muchos activistas autónomos siguieron apoyando las tácticas militantes, especialmente como formas de autodefensa, como refleja la siguiente opinión:

Tal fue la negación en la práctica de la libertad de manifestación durante la Cumbre del G8, que incluso miles de activistas pacíficos se vieron obligados a levantar barricadas y arrojar todo tipo de objetos para no ser arrollados por la violencia policial. Cualquier forma de lucha.. será reprimida sin contemplaciones. La violencia no la provoca ninguna de las organizaciones que forman el movimiento anti-globalización. La violencia forma parte natural del proceso de perpetuación del sistema capitalista.²⁰

Entre estos dos polos, muchos radicales mostraron públicamente su desacuerdo con las tácticas del Black Bloc, sin llegar a criminalizarlo. Como explicó un miembro de “¡Ya Basta!”²¹:

Estuve en Génova, y me fui deprimido, agotado, insatisfecho y fracasado, con los ligamentos de mis rodillas torcidos y completamente ronco, y me dije para mi: no a la caza de brujas contra los anarquistas, no a la criminalización internacional del Black Bloc... Por otra parte, es necesario repensar una táctica

¹⁸ Aunque *cultural politics of violence* debería traducirse por “política cultural de la violencia”, utilizamos aquí el término “cultura política de la violencia” por su mayor difusión en castellano.

¹⁹ Citado en un mensaje de correo electrónico enviado el 29 de julio de 2001 a la lista de distribución bcn2001@yahoogroups.com.

²⁰ Citado en un documento en castellano titulado “Manifiesto en Favor de la Acción Directa Violenta,” archivado en: http://www.sindominio.net/fiambrera/web-agencias/nkotBlack_Bloc/textosnewkids/14.html. Este documento pretende dar tres justificaciones principales a la acción directa violenta: 1) Es una forma de expresión, 2) Sirve para transformar el orden social existente, y 3) Es una vía para hacer justicia.

²¹ Grupo de apoyo al movimiento zapatista. No confundir con el movimiento anti-ETA ¡Basta Ya!.

que puede ser infiltrada y manipulada fácilmente. Eso debe hacerlo la gente que adopta esta táctica, pero también aquellos que sufren las consecuencias de tal permeabilidad.²²

Finalmente, muchos radicales anticapitalistas asociados con el Pink Bloc y Acción Global de los Pueblos siguieron enfatizando la lógica de enredarse (*networking*) –expresada en el plano táctico mediante una “diversidad de tácticas”. Desde esta perspectiva, la principal lección aprendida en Génova fue la necesidad de aumentar el diálogo, coordinación e innovación, rechazando tanto la criminalización como la estetización de la violencia. Como argumentó un activista del MRG-Barcelona:

Los ‘buenos activistas’ tendrán que escoger entre salvarse a costa de participar en la caza de anarquistas o, por el contrario, aceptar la diversidad de posiciones y tratar de criticar dentro de ese marco, no dejando como “extraños al movimiento” a los que, en realidad, en buena medida lo empezaron.. Todo esto sin menoscabo de que, objetivamente, el black block ha sido instrumentalizado por la policía. Con más sofisticación, aprovechando la falta de coordinación entre las corrientes anarquistas y el GSF para cargar contra el Black Block solo cuando pasaba por delante de las concentraciones pacíficas... Algo ha quedado definitivamente claro: hay que coordinar la acción directa con todos los otros tipos de manifestación (pacífica o de desobediencia no violenta). Quien sabe hasta donde puede ser útil una sentada o un molotov? Dependerá del momento. Y según la sabiduría oriental: hagamos siempre lo que el enemigo no espera que hagamos.²³

Sin embargo, en muchos aspectos Génova supuso un importante *test* para la estrategia de la diversidad de tácticas. Aunque las élites a menudo intentaron dividir a los manifestantes entre moderados pacíficos y militantes violentos, las tácticas policiales en las calles de Génova tuvieron el efecto contrario: crear un terror generalizado poniendo en el mismo saco a los activistas llamados violentos junto con los no violentos, con el objeto de justificar los ataques indiscriminados contra la totalidad del movimiento. En esas situaciones, mantener espacios separados para diferentes tácticas puede ser algo imposible. Dado el interés por parte del estado en provocar el conflicto militante, incluso niveles relativamente benignos de violencia *performativa* pueden colocar a otros activistas en situación de extremo riesgo. Puede no ser suficiente el diálogo y la coordinación. Por una parte, el estado no siempre es capaz de asumir las críticas políticas asociadas con tácticas de brutalidad policial, como pone de manifiesto el acoso contra el gobierno Berlusconi tras los sucesos de Génova. Por ello, las decisiones que implican el uso de tácticas particulares de protesta deben considerar la naturaleza específica de la coyuntura política. Además, después de Génova, y especialmente tras los sucesos del 11 de septiembre en Nueva York, los activistas han conseguido reducir el nivel de confrontación violenta en las protestas antiglobalización, aunque algunos podrían argumentar que tales movilizaciones han perdido su dimensión crítica y se han convertido en algo demasiado previsible. Una cosa está clara: las tácticas innovadoras y creativas son la vía más efectiva para oponerse a las campañas estatales de represión y cooptación, y en el camino pueden ganarse para la causa corazones y cabezas.

²² Citado en un mensaje de correo electrónico enviado el 25 de julio de 2001 a la lista de distribución bcn2001@yahoogroups.com

²³ Citado en un documento en castellano titulado “Info para un Puzzle” archivado en: http://www.sindominio.net/fiambrrera/web-agencias/nkotBlack_Bloc/textosnewkids/11.html.

Bibliografía

- Aijmer, G. 2000. "Introduction: The Idiom of Violence in Imagery and Discourse". In G. Aijmer & J. Abbink, eds. *Meanings of Violence: A Cross Cultural Perspective*. Oxford: Berg.
- Amit-Talai, V.; Wulff, H. (eds.). 1995. *Youth Cultures: A Cross-Cultural Perspective*. London: Routledge.
- Appadurai, A. 1996. *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Arquilla, J.; Ronfeldt, D. 2001. *Networks and Netwars*. Santa Monica, CA: Rand.
- Bauman, R.; Briggs, C.L. 1990. "Poetics and Performance as Critical Perspectives On Language and Social Life". *Annual Review of Anthropology* 19: 59-88.
- Beeman, W.O. 1993. "The Anthropology of Theater and Spectacle". *Annual Review of Anthropology* 22: 369-93.
- Blok, A. 2000. "The Enigma of Senseless Violence". In G. Aijmer & J. Abbink, eds. *Meanings of Violence: A Cross Cultural Perspective*. Oxford: Berg.
- Bourdieu, P. 2001. *Masculine Domination*. Stanford: Stanford University Press.
- Bowman, G. 2001. "The Violence in Identity". In B.E. Schmidt & I.W. Schroder, eds. *Anthropology of Violence and Conflict*. Oxford: Routledge.
- Caputo, V. 1995. "Anthropology's Silent 'Others': a Consideration of Some Conceptual And Methodological Issues for the Study of Youth and Children's Cultures". In V. Amit-Talai & H. Wulff, eds. *Youth Cultures: A Cross-Cultural Perspective*. London: Routledge.
- Clarke, J. 1976. "Style". In S. Hall & T. Jefferson, eds. *Resistance Through Rituals*. Boston: Unwin Hyman.
- Clarke, J. et. al. 1976. "Subcultures, Cultures, and Class". In S. Hall & T. Jefferson, eds. *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Post-War Britain*. London: HarperCollins Academic.
- Deluca, K. 1999. *Image Politics: The New Rhetoric of Environmental Activism*. New York: Guilford Press.
- Feixa, C. 1998. *De Jovenes, Bandas y Tribus*. Barcelona: Ariel.
- Feldman, A. 1991. *Formations of Violence: the Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fillieule, O.; Jobard, F. 1997. *The Policing of Mass Demonstration in Contemporary Democracies, The Policing of Protest in France: Towards a Model of Protest Policing*. Florence: European University Institute.
- Gilmore, D. 1990. *Manhood in the Making: Cultural Constructions of Masculinity*. New Haven: Yale University Press.
- Gitlin, T. 1980. *The Whole World is Watching: Mass Media in the Making and Unmaking of The New Left*. Berkeley: University of California Press.
- Hall, S. 1974. "Deviance, Politics and the Media". In P. Rock & M. McIntosh, eds. *Deviance and Social Control*. London: Tavistock Publications.
- 1982. "The Rediscovery of 'Ideology': Return of the Repressed in Media Studies". In S. Hall & T. Jefferson, eds. 1976. *Resistance Through Rituals*. Boston: Unwin Hyman.
- Hall, S, et. al. (eds). 1978. *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*. New York: Holmes and Meier.
- Handelman, D. 1990. *Models and Mirrors: Towards an Anthropology of Public Events*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hebdige, D. 1979. *Subculture: The Meaning of Style*. London: Methuen.
- Herman, E.S.; Chomsky, N. 1988. *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*. New York: Pantheon Books.
- Juris, J.S. s.f. "The Cultural Logic of Networking: Transnational Activism and the Movement for Global Resistance in Barcelona, Spain". Capítulo 5. Tesis doctoral inédita, University of California, Berkeley.
- Peteet, J. 2001. "Male Gender and Rituals of Resistance in the Palestinian *Intifada*: A Cultural Politics of Violence". In C. Besteman, ed. *Violence: A Reader*. New York: New York University Press.
- Peterson, A. 2001. *Contemporary Political Protest: Essays on Political Militancy*. Burlington, VT: Ashgate.

- Rhodes, J.P. 2001. *The Voice of Violence: Performative Violence as Protest in the Vietnam Era*. Westport, Conn.: Praeger.
- Riches, D. (ed). 1986. *The Anthropology of Violence*. Oxford: Blackwell.
- Riera, M. (ed). 2001. *La Batalla de Génova*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Routledge, P. 1994. "Backstreets, Barricades, and Blackouts: Urban Terrains of Resistance in Nepal," *Society and Space*, 12: 559-578.
- Schroder, I.W.; Schmidt. B.E. 2001. "Introduction: Violent Imaginaries and Violent Practices". In I.W. Schroder & B.E. Schmidt, eds. *Anthropology of Violence and Conflict*. Oxford: Routledge.
- Taussig, M.T. 1987. *Shamanism, Colonialism and the Wild Man*. Chicago: University of Chicago Press.
- Thompson, J.B. 1995. *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*. Stanford: Stanford University Press.
- Williams, R. 1977. *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford University Press.
- Zulaika, J.; Douglass, W.A. 1996. *Terror and Taboo: The Follies, Faces and Fables of Terrorism*. New York: Routledge.